

## BACH NUESTRO CONTEMPORÁNEO

Carta abierta a las instituciones musicales chilenas y a la comunidad musical toda.

*La Agrupación Musical Anacrusa se constituyó en Santiago en abril de 1984 por iniciativa de un grupo interdisciplinario de jóvenes músicos—compositores, intérpretes y musicólogos—formados en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile y en el Instituto de Música de la Universidad Católica.*

*Dos inquietudes fundamentales fueron la base de su origen y desarrollo: la necesidad de establecer una instancia de encuentro y reflexión colectiva sobre la situación de los músicos y de la música latinoamericana y chilena, y la de establecer un mayor intercambio entre nuestro público y la música contemporánea a través de diversas actividades artísticas de difusión.*

*La primera actividad pública organizada por la Agrupación Anacrusa fue el "Encuentro de Música Contemporánea" que se realizó en el Goethe Institut de Santiago, entre los días 1, 3 y 5 de octubre de 1985, gracias al apoyo y colaboración del Instituto. Este ciclo de tres conciertos, en el que se ejecutaron exclusivamente las obras más recientes de los jóvenes creadores chilenos, contó con el montaje de una exposición de fotografías y partituras y un foro público de los compositores participantes. Alrededor de cincuenta intérpretes ejecutaron obras de veintidós compositores chilenos, muchas de ellas en primera audición, lo que constituyó un panorama amplio de las diversas tendencias y lenguajes de la música actual.*

*El excelente resultado de este ciclo estimuló a los organizadores y a otras instituciones a proyectar nuevas actividades. La más inmediata es la edición de 2 cassettes que incluirán una muestra representativa de las obras escuchadas en estas jornadas, proyecto que financiará el Departamento de Investigación y Bibliotecas (DIB) de la Universidad de Chile.*

*Para octubre de 1987 se proyecta un segundo encuentro de características similares, pero ampliado a los compositores del Cono Sur: Argentina, Chile y Uruguay, el que también se realizará en el Goethe Institut.*

*La Agrupación Anacrusa es dirigida por una Comisión Permanente que en este momento integran: Cecilia Plaza, Denise Sargent, Cecilia Cordero, Carmen Peña, Cirilo Vila, Eduardo Cáceres, Gabriel Matthey, Juan Pablo González y Rodrigo Torres.*

Sucede que nos encontramos en las vísperas del año 1985, año de festiva conmemoración para la así llamada música barroca.

En efecto, tres de las más altas cumbres que marcan con su obra el apogeo de dicho estilo musical, vieron la luz hace hoy casi tres siglos, en aquel mismo año de gracia de 1685: Georg Friedrich Händel (1685-1759), Juan Sebastián Bach (1685-1750) y Domenico Scarlatti (1685-1757). Un triple tricentenario, entonces, para cuya más digna y mejor celebración se apresta, sin duda desde

ya rebasando el estrecho marco de las fronteras nacionales, todo el mundo artístico y musical.

Sin embargo, y de acuerdo a la ulterior evolución de la música hasta nuestros días, el veredicto de estudiosos y aficionados parece ser unánime: de los tres insignes músicos en vías de conmemoración —lo que no menoscaba, por cierto, la enorme importancia de los dos restantes—, la obra de más alta significación y trascendencia es, a no dudarlo, la debida al poderoso genio creador de Juan Sebastián Bach. Y esto, a pesar de que para nosotros, en cuanto iberoamericanos, la tan rica y original inventiva de Domenico Scarlatti y su decisivo aporte a la mejor tradición musical española viene a ser, por eso mismo, parte de nuestra propia tradición. Pero es un hecho cierto que la vigencia y universalidad de aquél que algunos han llegado a denominar “el padre Bach” y otros, más aún, “Bach el Padre”, no admite parangón; y el aparente exceso de los apelativos no hace más que revelar un afán ferviente de legítima justicia.

No es el caso analizar aquí —y mucho menos con la profundidad requerida— las razones que hacen de Bach una figura de tan excelsa magnitud en la historia de la música occidental; digamos tan sólo que su visionaria capacidad de lograr una suprema síntesis entre el maravilloso legado de la entonces casi olvidada tradición polifónica gótico-renacentista, por un lado, y la no menos prodigiosa renovación armónica que caracteriza a su propio presente, por el otro, son la clave fundamental de una obra que, cimentando su honda expresividad en el rigor de un oficio consumado, mantiene sus ya referidas vigencia y universalidad a casi tres siglos después de su nacimiento: una obra que viene a ser, en cierto modo, como un punto ideal de encuentro y convergencia de toda la música europea occidental, más allá de su propio tiempo. Lo que sobrepasa, por cierto, los límites de Alemania y del período barroco, confiriendo a la música de Bach una siempre fértil y renovadora proyección histórica en las generaciones posteriores; proyección que alcanza, incluso, hasta nuestros días.

En efecto, más allá de cualquier evolución del lenguaje musical desde Bach hasta nuestro tiempo, una cantidad significativa de los más grandes compositores de diversas épocas y estilos, han ido encontrando en su música un árbol de sólidas raíces, tronco vigoroso y un muy frondoso follaje donde alimentar y cobijar su propio mundo expresivo. Es así como, desde Mozart y Beethoven hasta Bartók y Villa-Lobos, pasando por los grandes románticos de tradición germánica —Mendelssohn, Schumann, Liszt, Brahms, entre otros— hasta llegar, más cerca nuestro, a compositores tan disímiles como Schönberg, Hindemith y Messiaen, todos le deben algo al padre Bach. Y más significativo aún resulta el que, en plena segunda mitad del siglo XX, cuando los caminos de la música aparecen nuevamente divergentes e incluso irreconciliables, es una vez más su figura venerable la que parece enriquecer la obra de un Penderecki o de un Piazzolla; cuando no la búsqueda experimental de más de algún conjunto de jazz...

Y es que la obra de Bach encierra seguramente —por sobre las razones histórico-musicales antes mencionadas— un tan profundo y vasto caudal de

humanidad y, por eso mismo, un tan alto grado de espiritualidad, que cada creador musical ha encontrado en ella algo que, en su esencia, también le es propio. Así pues, la música del padre Bach —objetivamente obra de síntesis por excelencia— ha llegado a ser, subjetivamente, el patrimonio de todos.

Hermoso destino para la obra de un hombre en quien encontramos, además, un sólido ejemplo de virtud y de entrega abnegada, lo que, unido a una mente abierta e integradora, le permitió acercarse a una perfección casi divina.

Pero hay más aún: al conmemorarse el tricentenario de su natalicio, no podemos olvidar que su nombre se encuentra vinculado al nacimiento de nuestras propias instituciones musicales, a través de la Sociedad Bach de Chile. Esta asociación, creada en 1917 gracias a la inquietud de un grupo de aficionados, ha sido una de las más grandes promotoras de la actividad musical chilena.

Si bien el nombre de la sociedad en cuestión obedeció, entre otras razones, al gusto e interés de sus miembros por la obra del maestro, de alguna manera el espíritu de Bach se hizo presente en el propósito que los alentó. De esta forma, la Sociedad Bach de Chile trató de conciliar, especialmente a través de la educación y la difusión, el conocimiento de la obra de los grandes maestros del pasado con el impulso al quehacer creativo del presente.

Por otra parte, así como la presencia de Bach se proyectó en la obra de los músicos posteriores, la sociedad Bach logró remover los cimientos que sustentaban la actividad musical chilena de comienzos de siglo, provocando una fructífera reacción que renovó nuestra vida musical; llegando a ser, en consecuencia, un punto de partida determinante para la actual institucionalidad de la música en Chile.

Así entonces, la figura de Juan Sebastián Bach —el hombre y su obra como un todo indisoluble— es imagen paterna de nuestras instituciones musicales. Que la celebración del tricentenario sea, pues, la ocasión propicia para que ellas, reconociendo y haciéndose dignas de tan alta y común paternidad, abran sus puertas y actúen hermanadas en la consecución de un único objetivo: lograr, de acuerdo a las posibilidades de nuestro medio y en función del enriquecimiento espiritual de nuestro público —no sólo en el plano estético sino también en su insoslayable dimensión ética—, el más vital y auténtico homenaje al hombre y al músico que fue y sigue siendo Juan Sebastián Bach.

Para cumplir cabalmente dicho objetivo nos parece justo, necesario y saludable tomar en consideración las siguientes premisas fundamentales:

1. *Racionalidad en la planificación de las actividades conmemorativas*: lo que implica, necesariamente, la más amplia y solidaria colaboración entre las instituciones musicales del país y supone, además, la exclusión de todo afán competitivo entre ellas; factor altamente negativo en el campo artístico, como causal cierta de irracionalidad. Esto significa, entre otras cosas, la coordinación de las diferentes programaciones y la cooperación para asegurar la mejor versión posible de cada obra programada. De esta manera cada institución asume la interpretación de obras diferentes —evitando las duplicaciones— o se une con

otra en pos del logro común, a la mayor gloria del padre Bach y atendiendo al más hondo regocijo del público auditor.

2. *Fidelidad al espíritu de Bach*: nos parece igualmente importante planificar la actividad musical —más aún en este caso— con un criterio de profundidad, privilegiando lo cualitativo por sobre lo cuantitativo, evitando así una de las graves distorsiones de la cultura contemporánea. Digamos desde ahora: no a la frivolidad, no a la transformación de la música en un espectáculo deportivo. Cuando se convierte a un creador musical en pretexto para proezas maratónicas —los seis conciertos brandenburgueses o los cuarenta y ocho preludios y fugas en una sola sesión— no resultan beneficiados ni los intérpretes ni el público; y mucho menos el compositor supuestamente homenajeado, cuyo mensaje e ideal artístico se ven así considerablemente falseados. Y nada más ajeno, por cierto, al espíritu del padre Bach.

3. *Proyección y contemporaneidad de Bach*: las que deben ponerse en evidencia, en forma necesaria y suficiente, mediante un repertorio que abarca no sólo su propia obra, sino, con criterio joven y creativo, la de aquellos compositores que, hasta nuestros días, han recibido su influencia y han asumido tan alta herencia musical como fuente viva de renovación. Al respecto, nos parece necesario recordar debidamente a uno de los más grandes compositores del siglo XX: Alban Berg (1885-1935), discípulo de Schönberg y, por lo tanto, heredero legítimo del legado bachiano. Y esto, por cuanto en 1985 el mundo musical conmemora asimismo el centenario de su natalicio y el cincuentenario de su infausta muerte.

4. *Permanencia y continuidad*: cumplir cabalmente con las tres premisas expuestas constituiría, qué duda cabe, un verdadero acontecimiento en nuestra vida musical. Pero ello no sería suficiente, pues como dice el refrán: “una golondrina no hace verano”...

En efecto, por muy importante que sea celebrar digna y adecuadamente el tricentenario de Bach, ello no obedece en definitiva más que a una convención del calendario. Además parecería pueril pretender que la obra de un creador de tal magnitud y significación pueda llegar a conocerse suficientemente en el transcurso de un año. Y menos aún sí, como en este caso, ello implica captar el sentido profundo de su proyección en una tan dilatada cuanto fecunda posteridad.

No, no es posible. Y es por ello que nos parece igualmente importante que los logros del tricentenario —que ojalá fuesen muchos— no sean sino un nuevo punto de partida para una plena y fructífera labor de difusión musical a futuro, basada, por supuesto, en las tres premisas ya señaladas; lo que supone, a su vez, implementar una educación musical viva y creativa, renovadora y renovada. Y, como tarea urgente del momento, recuperar para la música el sitio que le corresponde en la formación integral del ser humano.

Esperamos, en consecuencia, que nuestro llamado y sus proposiciones encuentren favorable acogida en las instituciones musicales del país, con la

convicción de que sólo así llegaremos a celebrar auténticamente la venerable y siempre amada figura de Juan Sebastián Bach.

Al celebrarlo, celebraremos entonces al hombre en su infinita capacidad de altura, celebraremos el triunfo del espíritu creador. Al mismo tiempo, su calidad humana nos impulsará a hacer nuestros los valores que él cultivó, a fin de merecer el privilegio de rendirle un homenaje. De este modo, mediante la entrega desinteresada y la mutua y fraternal cooperación, reviviremos auténticamente la obra de Bach y su infinita proyección; pero también reviviremos su grandeza moral y su generoso espíritu. Así reconfortados asumiremos con más plenitud nuestra responsabilidad de futuro.

Tan sólo así habremos revivido al padre Bach, como lo que en esencia es y seguirá siendo: nuestro contemporáneo.

Agrupación Musical Anacrusa